

Los falangistas ante la guerra comercial USA-China

Ambos países ven el planeta simplemente como un gran mercado donde poder expandirse comercialmente



Entre las muchas noticias con que los medios de masas nos asaltan a diario, hay un tema que no está recibiendo la atención merecida a pesar de las consecuencias que podría conllevar. La guerra comercial que en estos momentos protagonizan, con algún que otro altibajo, tanto los Estados Unidos como China confirma que el mundo unipolar promovido por los primeros no pasará de ser una anécdota histórica. Además de China, países geográficamente influyentes como Rusia o India buscan su propio espacio de poder en un planeta que, poco a poco, deja de ser el patio trasero de los Estados Unidos y por eso se atreven a disputar la hegemonía de la carrera espacial. En medio de este cambio, a España por desgracia le toca estar bajo las directrices mercantiles de la Unión Europea y lo que Washington disponga. De producirse una reconfiguración de los grandes espacios de poder en el planeta, a día de hoy no hay motivos para creer que España pueda asumir un nuevo papel director más acorde con su Historia.

Por otra parte, esta guerra comercial también podría marcar

Una nueva crisis se aproxima con esta guerra de aranceles

el comienzo de una nueva etapa en el capitalismo global. La fase mundialista se caracterizó por convertir (o, más bien, aspirar a convertir) el planeta en un gigantesco supermercado donde a unos países se les asignaba el rol de productores y a otros el de consumidores, arrasando de paso con los derechos laborales de los países desarrollados en nombre de la competitividad ante el nuevo panorama. Por ahora se responsabiliza a esta guerra de aranceles de provocar el pánico entre los inversores y abrir la puerta a una nueva crisis global. Está por ver cómo una hipotética crisis devaluará aún más el nivel de vida de los trabajadores ya saqueados durante la década anterior.

Empleando la conocida metáfora de los gurús neoliberales, los falangistas también diremos que esta guerra comercial puede ser una oportunidad para el cambio. Pero en nuestro caso no proponemos que sea

una oportunidad para que una minoría de especuladores se lucre a costa de la desgracia ajena y de la depauperación material de las clases trabajadoras de todo el mundo, como llevó a cabo el capitalismo durante la crisis económica estallada en 2008 y que bien podríamos enlazar con la situación presente. Los falangistas consideramos que esta guerra comercial es una consecuencia directa de la inestabilidad inherente al capitalismo global mundialista y que, en lugar de arruinar naciones y personas eliminando fronteras en pos de un mercado único, la economía debería aspirar a otro modelo donde la producción esté relocalizada en espacios geográficos más reducidos y estables que, además de ofrecer más estabilidad a los trabajadores, sean garantía de una mayor protección de sus derechos. Hay que levantar fronteras para proteger a las naciones y a las personas de la voracidad de los mercados, esos entes indefinidos bajo los que se esconde un sistema depredador y criminal que no parará hasta convertir el planeta en el escenario de la peor distopía posible.

¿Elecciones en noviembre?

Así, sin ningún disimulo, se plantea desde hace tiempo la posibilidad de que se repitan las elecciones generales. Pedro Sánchez y el PSOE, por ahora, no parecen muy preocupados por negociar con Unidas Podemos. A los de Pablo Iglesias, además de la responsabilidad de la repetición electoral que vuelcan sobre sus espaldas, hay que sumarles la tensión interna en su coalición sobre cómo negociar con los socialistas y en qué ser más inflexibles. En el otro bloque, en cambio, permanecen a la espera de la llamada a las urnas para estrenar una nueva marca, España Suma, donde el PP y C's pretenderían aglutinar el voto constitucionalista y a la derecha sociológica, con la incertidumbre de si Vox entraría en esa posible coalición cuya realidad no está tan clara.

La fragmentación del voto no ha contribuido a una mayor democratización del sistema político; al contrario, la inestabilidad se ha convertido en la tónica habitual. Mientras, la vida diaria del español medio no mejora sino que, en el mejor de los casos, se encuentra estancada con un salario que apenas le da para vivir y disfrutar de un proyecto de vida propio.

Los políticos, del signo que sean, pueden llamarnos a las urnas cuanto quieran. Los problemas de España necesitan para su resolución de mucho más que un recuento de votos. La campaña de cada partido ya la sufrimos durante todo un año. Pero plantear una reforma en profundidad del sistema educativo, del modelo de producción económica, de la representación institucional o de la revitalización del mundo rural, por citar unos ejemplos, va más allá de las consignas tuiteras de turno con que se desfogan los acólitos de cada entramado para sentirse importantes y parte del juego.

Barcelona, la ciudad sin ley bajo la anarquía de Colau

La Ciudad Condal gracias al buenismo de la alcaldesa está batiendo récords de delincuencia

La reelección de Ada Colau como alcaldesa de Barcelona ha venido acompañada de un aumento vertiginoso de los delitos en la Ciudad Condal. Responsabilizar a una persona en exclusiva de los atracos, violaciones, peleas y asesinatos ocurridos este verano no sería lo correcto; pero sí lo es señalar que el estúpido buenismo promovido por la alcaldesa Colau desde la anterior legislatura ha sido la gasolina fundamental para que prendiera el fuego de la violencia y el crimen. Si a eso sumamos la errónea política del gobierno autonómico, obsesionado con regularizar y normalizar la presencia de inmigrantes ilegales que contribuyan a reducir la huella de lo hispánico en Cataluña, podremos hacernos una mejor idea sobre que ahora estalla lo que lleva décadas incubándose. Y todo ello, sin duda, con el visto bueno de los gobiernos centrales; desde el actual, sin ir más lejos, ya se les ha respaldado por parte del Ministro del Interior, quien resta



gravidad a lo que está teniendo lugar en Barcelona bajo la pésima excusa de que él se echa la mano a la cartera cuando transita por la Gran Vía de Madrid.

Barcelona, al igual que cualquier ciudad española, no debería ser el reclamo de tierra prometida para menores de edad sin supervisión y aspirantes a delincuentes tutelados por las mismas instituciones que deberían devolverlos a sus familias. Tampoco

un paraíso para el negocio del tráfico de drogas, tanto para los vendedores como para quienes arruinan su vida consumiéndola. Barcelona necesita que las autoridades sean conscientes de su responsabilidad con la población sobre la que gobiernan y trabajen por garantizar la seguridad de sus calles, a diario frecuentadas por vecinos y turistas. Precisamente por los últimos es por lo que se está hablando tanto en el

extranjero sobre la crisis de seguridad en Barcelona; y la solución no es pedirles que no cuenten en sus países lo que está sucediendo, sino hacer las calles seguras de nuevo erradicando la inmigración ilegal y la delincuencia.

Los ataques a turistas abren el problema al mundo

Hace años, el cambio en el gobierno municipal de Barcelona prometía una ciudad idílica. Y en parte el equipo de Ada Colau lo ha conseguido, pero para quienes viven de los negocios turbios o de fomentar el odio entre los españoles; la gente honrada y trabajadora, la que sufre el riesgo de ser atracada o apuñalada cuando sale a la calle para algo tan básico como comprar el pan, no puede compartir la falsa utopía de la actual alcaldesa.

¿Reconocerán el Ayuntamiento de Barcelona y la Generalidad de Cataluña que la situación está fuera de su control? ¿Intervendrá el Estado para cumplir con su obligación de garantizar la seguridad de los españoles? A estas preguntas tendremos respuesta en los próximos meses. Por desgracia, conociendo a los políticos implicados no hay motivos para ser optimistas.

Cosas de ecologistas

Políticos y ONG siguen viendo la cuestiones medioambientales con una doble vara de medir

La nueva moda ecologista es un fenómeno, cuanto menos, curioso. La selva del río Amazonas ha sufrido muchos incendios a lo largo de las últimas décadas, pero la gran tragedia medioambiental que por lo visto supone no se ha denunciado hasta ahora; debe ser porque Brasil se encuentra gobernado por un presidente bastante incómodo para la progresía mundial, si bien el oligarca Donald Trump y el sionista Netanyahu no comparten ese juicio. En cualquier caso, no faltan los *tuits* de repulsa contra el incendio de la selva amazónica y parece que todo el que no se sume a esa tendencia, del estilo a los peluches y velitas con la sintonía del *Imagine* de John Lennon que han seguido durante años a los atentados yihadistas en suelo europeo, es un mons-

truo sin conciencia. En cambio, los incendios sufridos en territorio español no parecen recibir la misma preocupación por parte de los ecologistas de todo a cien; y, que nosotros sepamos, esos incendios también han arrasado hectáreas de árboles que deberían considerarse parte del pulmón del planeta Tierra.

Otro episodio a tener en cuenta: Rusia construye una central nuclear en un barco que será enviada por mar a una zona minera para abastecer de electricidad a la población local, tanto en sus trabajos como en sus hogares. Valoración de Greenpeace: es un Titanic atómico y deberían emplearse energías renovables. Antes de realizar alguna valoración, recordamos que esta asociación es la misma que se ha manifestado contra la extrac-

ción del petróleo en las Islas Canarias pero nunca en los países árabes; además de que las legislaciones no son igual de permisivas con ellos en todos los países, no hay duda de que a sus financiadores no les interesa boicotear la producción petrolera en determinados países pero sí en España, donde nos ven más como un país importador. Ahora apliquemos esto a la central nuclear flotante: ¿Habría protestado Greenpeace contra un barco nuclear cuya misión fuera llevar energía a una recóndita población de los Estados Unidos bajo la presidencia del sobrevalorado Barack Obama? Tal vez un poco, pero no tanto como con el barco ruso.

Está claro que cuanto más segura y limpia sea la energía que utilizamos, mejor para el planeta y para los propios consumidores. Ahora bien: no dejaremos de señalar la doble vara de medir de algunos filántropos de pacotilla en función de quién es el que pone en peligro la seguridad de las personas y del medio ambiente. Como siempre, el negocio de unos pocos se disfraza de causas justas y tremendamente humanitarias.

Greenpeace, como acostumbra, critica sólo algunas cosas

En Marcha

↓ 🖨️ ✉️ 🌐

DESCARGA IMPRIME REENVÍA COMPARTE